

Entrevista a Carlos Días: el hombre y el filósofo

• **Francisco Xavier Sánchez Hernández** •

Universidad Anáhuac, Ciudad de México

I. Vida

Para comenzar, quisiera que nos hablaras de tu infancia. Sabemos que naciste en Cuenca, España, el primero de noviembre de 1944, casi a término de la segunda Guerra mundial. La vida para los filósofos cristianos y comprometidos como tú siempre tiene gran importancia. ¿Qué recuerdos particulares guardas de tus padres, de tu pueblo, y que te han servido de una o de otra manera después para la elaboración de tu pensamiento?

Respecto a lo primero que me preguntas, ahora siento la lejanía de aquella época. Soy hijo de maestros de escuela, los dos, que con un enorme esfuerzo nos dieron a los cinco hijos estudios universitarios a base de mucho trabajo, después de las clases que ellos tenían que impartir. Especialmente, recuerdo que mi padre, represaliado después de la guerra civil española, fue condenado a muerte, que le fue conmutada. Estuvo en un campo de concentración, pero pronto lo sacaron de allí, si bien luego como represalia le quitaron la escuela años después. Él tenía que ir cada 15 días a los cuarteles de la guardia civil, donde alguna vez me dijo que lo golpeaban, así, por golpearlo; esto era desafortunadamente una cuestión muy común después de una guerra tan fratricida como aquella, en que la mayor parte de la gente de izquierda se vio obligada al exilio. Mi padre no tenía relieve importante, era un maestro que pertenecía a la institución libre de enseñanza a un nivel muy secundario, así que no se pudo exiliar. Era hombre

de izquierda, pero nada más; mi madre, de derechas y, aunque no se entendían, trabajaron por todos nosotros hasta la extenuación.

Yo nací en Canalejas del Arroyo (provincia de Cuenca), poco más que una ranchería, un lugar perdido de la serranía de Cuenca. Soy el tercero de cinco hermanos. Mis padres se fueron acercando poco a poco a alguna ciudad donde pudiéramos estudiar el bachillerato, y el primer lugar mayor al que llegamos fue Puertollano (provincia de Ciudad Real, cerca de Madrid), un pueblo minero con mucha historia de lucha antifranquista clandestina, por el que yo pasé sin pena ni gloria; dada mi inmadurez adolescente, simplemente me limité a vivir como pude y a liberarme del ambiente opresor de aquella época, incluso también en el domicilio, con un padre muy autoritario. La verdad es que no recuerdo grandes cosas positivas de aquella época.

Entonces, este ambiente rígido, de dictadura, toca realmente el tiempo de Franco en tu infancia, tu adolescencia, y en tu misma casa con tu papá. ¿Tal vez esto ha provocado en ti una búsqueda de libertad, de dignidad humana?

Lo que provocó en mí fueron grandes miedos; en principio, ese fue el reactivo ante aquel ambiente enrarecido. Sobre todo de miedo a aquel Dios castigador del catecismo del padre Astete, según el cual ¡todo era pecado!

Pienso que es interesante tu caso porque en varios españoles me parece que hay un resentimiento hacia la Iglesia por aquellos años, un alejamiento; en cambio, en ti pareciera que es lo contrario —más adelante quisiera que habláramos más sobre esta cuestión: sobre la iglesia—. Tú hiciste éste paso de un Dios de temor, de miedo, de castigo, a un Dios amoroso. ¿Eso fue ya más tarde en tu vida?

Muchísimo más tarde. Esta elaboración me costó 40 años de padecimientos psicológicos. Pero, como tú lo resalta, Francisco, yo no he tenido resentimientos, ¡no sé por qué!, antes al contrario, a partir de ahí he elaborado y madurado aquella desgraciada “religiosidad”. Nunca me solté de la mano férrea del Señor, yo estaba asido férreamente a ella y así he ido evolucionando. Lo cual no evita que sienta hoy, en este último estadio de mi vida, no un resentimiento pero sí una amargura por lo que está pasando dentro de mi Iglesia.

Más adelante vamos a profundizar más sobre este tema, pero ahora continuemos con algunos aspectos importantes de tu vida. Para ti la relación con el “otro” es fundamental. Me parece que seguramente tu esposa Julia es la persona más cercana a ti, que te acompaña

en varios de tus viajes, y con quien tienes 3 hijos. ¿Cómo fue que se conocieron y como ves la importancia de tu esposa en tu vida como pensador y como cristiano?

Cuando Julia y yo nos casamos, ella tenía 18 años y todavía estaba terminando la prepa; yo tenía 25 y ya era doctor en filosofía. Había, por tanto, una cierta asimetría intelectual; por otra parte empezamos a tener hijos pronto y Julia hubo de compaginar —porque así lo quiso, y naturalmente a mí me pareció excelente— sus estudios de licenciatura en historia y el cuidado de los hijos, opción que nunca ha abandonado; ella ha hecho tres veces la primaria y el bachillerato con cada uno de los hijos, ha estado siempre allí, ha sido maestra en el arte de amar, de acompañar, de dedicar todo su tiempo y toda su vida, a esos tres hijos más uno cuarto, que era yo. A través de ella y de sus padres magníficos, maravillosos, aprendí a ser amado o me sentí incondicionalmente amado; ella fue la que soportó todas mis crestas y todas mis olas, todo lo que caía sobre mí emocionalmente. Por una parte, Julia acompañaba a un joven dizque brillante en el terreno del estudio y, por otra parte, a una persona que con el tiempo iba deprimiéndose cada vez más porque por dentro sentía ese dolor y ese miedo a Dios y, en esa disimetría, ella ha sido siempre, siempre, el sostén de mi vida. Ha dado la vida por mí y por mis hijos.

Sí. Por eso quise hacerte esta pregunta, que me parece importante ya que en lo que has producido sin lugar a dudas también tienen participación tu esposa y tu familia. Creo que esto muestra realmente de lo que es el personalismo comunitario: que no escribe uno solo, que siempre hay un soporte intelectual, pero sobre todo afectivo, me parece, detrás de lo que uno va haciendo.

Sí, desde luego; yo no he nacido para mí. ¿Y por qué no he nacido para mí? Pues por aquello de San Agustín: “nondum amabam et amare amabam” (todavía no amaba y amaba amar), siempre he tenido ese deseo de amar que ha sido mucho más fuerte al final que mis miedos, ¡también yo necesito ser amado y amar!

Ahora que mencionas a San Agustín, ¿no crees que hay muchas semejanzas, entre tu vida y la de San Agustín, en esta búsqueda intelectual y ese acercarse a Dios tal vez poco a poco, hasta a un momento dado, entregarse totalmente?

Pues nunca lo había pensado; puede ser. En cualquier caso, me parece inspirador.

¿Cómo fue que surgió en ti el gusto e incluso la pasión por la filosofía? Porque también eres abogado. Entonces, ¿qué fue primero, cuál fue tu vocación primera intelectualmente?

Pues, con la misma lentitud que se abre paso lo negativo, según decía Hegel. En primer lugar, yo quería estudiar letras, porque para la ciencia, no sé si valía. Me imagino que no. En cualquier caso, no lo he llegado nunca a saber porque en aquellos planes de estudios españoles, cuando tenías 15 años ya debías elegir entre ciencias y letras, y a mí me gustaban mucho la filosofía y los idiomas.

Para mi fortuna, cuando yo llego a la universidad de Salamanca, donde coincidían los mejores maestros de España por aquella época, me encuentro con Marcelino Legido, quien fue mi profesor de filosofía en el primer año; un hombre excepcional, vital y reflexivamente, que luego se hizo sacerdote. Su tesis doctoral de filosofía versó sobre el demiurgo en Platón y la tesis doctoral de teología sobre la Iglesia en San Pablo. Yo fui a la filosofía a través de las personas, a través de Marcelino Legido, en este caso. A mí las personas que me han acogido, han marcado mi vida, mi vida no ha sido la de un intelectual que haya ido conociendo a intelectuales, ni cabildeado en cenáculos nunca. Yo he preferido siempre amamanta como he podido a generaciones de jóvenes para que hicieran personalismo comunitario.

Con Marcelino Legido reconfirmé que, ciertamente, la filosofía me gustaba. Así pues, después de cursar en Salamanca el primero y el segundo curso de la carrera (los llamados “cursos comunes”), me trasladé con la familia a Madrid, meta y destino final de mis padres. En Madrid, estudié 3º, 4º y 5º año obteniendo el grado de licenciado en filosofía con un trabajo de fin de curso titulado *Persona y comunidad en Emmanuel Mounier*. Dos catedráticos me ofrecieron el cargo de Profesor Ayudante. Uno se llamaba Adolfo Muñoz Alonso, —aunque era fascista— a quien, sin embargo, se distinguía por su fuerte impulso vital. Fue él quien dictó durante dos clases sendas lecciones sobre Emmanuel Mounier, lo que bastó para marcar para siempre mi orientación reflexiva.

Mounier me fascinó, si bien no existían todavía libros de Mounier en España, pues el régimen de Franco los había prohibido. Así, pobre y solitario, iba yo con mis escasos ahorros por las librerías de viejo buscando ese néctar bibliográfico. Recuerdo con nitidez que cada vez que encontraba un libro de Mounier era mi fiesta. En general, siempre me he acercado con gran alegría a los libros, no me puedo entender sin ellos.

Ajeno a la frecuentación de cenáculos, no voy a ningún congreso internacional, a menos que tenga que dar una conferencia (entonces, claro,

tengo que ir). He sido amamantado con sobriedad en soledad, en el estudio y en la pobreza de medios. Gracias a Dios, obtuve una beca importante al finalizar la carrera que me permitió ir a Alemania, donde estudié hasta reventar. Aquello era caminar o reventar; siempre ha sido así, en mi caso.

¿En Alemania, qué fue lo que estudiaste en particular? ¿Obtuviste algún título?

En particular, lo que estudié fue alemán y fenomenología, en Munich. Esta última, en España aún resultaba muy novedosa. Luego, ya algún tiempo después, estuve también en Tubinga. Yo entraba el primero y salía el último de las bibliotecas.

A propósito de tu cariño por los libros, me surge una pregunta sobre la gran capacidad que tienes para producir, pregunta que ya te habrán formulado varios. Tienes, me parece que más de 250 textos publicados además de traducciones, ensayos, libros de divulgación textos más profundos, colecciones, etc. ¿Cómo le haces para producir tanto, porque de hecho no sé si tú mismo llesves la cuenta exacta de los libros, cuántos llevas?

Son 250 libros de más de 100 páginas, pues según la Real Academia de la Lengua, solamente cabe hablar de libro cuando tiene más de 100 páginas bien cosidas o encuadernadas. Y no sé cuántas traducciones, introducciones, prólogos, debo haber hecho 50 como mínimo a diversas gentes, amén de folletos, infinita cantidad de artículos, etc.

Debe ser que Dios me ha dado la capacidad para trabajar tanto. Luego, tengo otra característica que, sin presunción, debo resaltar, a saber: que inmediatamente entiendo las cuestiones con una mirada sinóptica, haciéndome cargo desde ese momento de los límites.

Nada de eso impide, antes al contrario eso exige, que un autor me lleve a otros en una evolución permanente y, quizá, sea finalmente ese el constitutivo más característico de mi vida intelectual. Estoy en la misma línea de siempre, pero profundizándola y abriéndola cada vez más, o sea trascendiendo dentro del propio nido, y esto me ha llevado a una cantidad de estudios de los que la mayoría de mis colegas —esto lo digo tranquilamente— no tienen ni idea de que existen.

Por eso, de alguna manera se me ha situado fuera de la Academia, pero yo me considero un investigador permanente, no sin embargo un “investigacionista” monotemático; en resumen, mi relación de pertenencia con los autores está subordinada a la búsqueda y al duro trabajo del concepto de una forma sinérgica y novatoria, lo que me ha permitido ampliar un campo mucho más panorámico que el usual dentro del rígido manieris-

mo endémico-académico. Esa, si la hubiera, sería mi originalidad: haber relacionado intrínsecamente en un campo semántico significativo anarquismo, personalismo, fenomenología, teología, historia del movimiento obrero...

En el ámbito educativo, ¿qué opinión tienes del modelo llamado “de competencias” o “por competencias”?

Sinceramente, Rafael, pienso que el tal modelito es la última excrecencia del positivismo y, en consecuencia, no es más que una mera ideología que segmenta al hombre en función de su capacidad de producir, inutilizándolo para el rigor del pensamiento, al ignorar cualquier dimensión antropológica, conforme al impresentable *american way of thinking*.

II. Pensamiento

A propósito del anarquismo, este tema nos sirve de transición para el segundo block de preguntas, el referido a tu pensamiento. Además de *personalista* estás catalogado, por ejemplo en Wikipedia, como “anarquista cristiano”. ¿Estás de acuerdo con este calificativo, por qué?

Yo me considero personalista y a la vez cristiano, pero no en un mismo bloque. Y, dentro del personalismo, una influencia básica y determinante tanto en la vida de mi esposa como en la mía, ha sido el anarquismo. El anarquismo de los grandes teóricos del anarquismo, especialmente el de Kropotkin y derivadamente el paradójico de Tolstoi. Lo que la gente suele ignorar es que hay varias ramas dentro del anarquismo y que una de ellas es el anarquismo cristiano de Tolstoi. Por eso, cuando uno busca en internet “anarquismo cristiano”, aparecen Tolstoi, Jacques Ellul y luego yo mismo.

El anarquismo es una ética profunda y, en muchos aspectos, es apostólico. Por eso admira a Cristo como hombre pero no puede aceptarlo como Dios. Y en esto cristianismo y anarquismo caben en el personalismo tal y como lo fundó Emmanuel Mounier. Al principio no conocía yo más que a Mounier y con el curso del tiempo me he ido abriendo hasta que finalmente he leído a 30 personalistas. Leído y además traducido, habiendo gozado de la amistad y el testimonio de algunos grandes que ya no viven. En verdad, el personalismo tiene en común con el anarquismo la radical defensa de la dignidad de todo ser humano, y de ahí su tangencia

con anarquismo y con cristianismo. Yo soy un pobre pecador enamorado de la causa de Jesús que no ha tenido nunca problemas en la iglesia, pero guardando las distancias críticas; la verdad es que me siento cada vez más protestante.

Vamos a hablar de eso más adelante. Ahora me gustaría enfocarme en el personalismo. Tú eres, en nuestros días, el filósofo que más ha promovido el personalismo comunitario a través de diferentes fundaciones internacionales que has creado, publicaciones, conferencias, etc., un personalismo que tiene como base al filósofo católico francés Emmanuel Mounier. ¿Cómo te encontraste con el pensamiento de Emmanuel Mounier —aunque ya comentaste un poco— pues me parece recordar que el primer libro que publicaste fue sobre Mounier en 1969? El título de ese tu primer libro fue *Personalismo obrero, presencia viva de Mounier*. Háblanos sobre tu relación con Emmanuel Mounier.

Esta es una pregunta que te agradezco mucho. Todas las demás también, pero más que hablar de mí, hoy me gusta hablar del encuentro que tuve con Emmanuel Mounier. He tenido dos encuentros en mi vida, con Jesucristo y con Emmanuel Mounier. Cuando descubro a Emmanuel Mounier, dije: ¡pero si es el evangelio de los pobres! Y, además de no ser pedante, ¡ganó por oposición la cátedra al mismísimo Jean Paul Sartre! ¡Y, antes incluso que Paul Ricœur, me hizo ver la importancia de Marx, Freud y Nietzsche! Si no hubiera entrado en contacto con Mounier, mi vida no hubiera sido la misma.

Eras un niño cuando murió.

Tenía 6 años, sí. Pero yo encuentro a Mounier en el ambiente obrero, cuando voy a Alemania a estudiar vuelvo a encontrarme con aquel catedrático, Marcelino Legido, inmersísimo en el movimiento obrero. No en cualquier movimiento sindical-político obrerista, sino en el movimiento obrero de los pobres, donde él enseñaba a leer la realidad para ayudarles a despertar y a dignificarse, oponiéndose al régimen dictatorial de Franco. Son emigrantes españoles en Alemania que, a su regreso, van a estar presentes en la lucha por la libertad, la igualdad y la fraternidad.

Ahí, pues, en Alemania me salieron junto a Marcelino, los primeros dientes adultos, pues hasta entonces tenía dentadura de leche como los niños. Ahí descubrí el movimiento obrero, el marxismo y el anarquismo. Traduje la obra de Carlos Marx titulada *Señor Vogt*, que tiene casi 300 páginas, aunque continúa siendo desconocida. Sin embargo, los marxistas la ignoraron, supongo que por pereza. ¿Qué clase de marxismo había en

España cuando los marxistas sólo lo repetían de una forma manierista y tomista? Así ha sido siempre. También me pasó después con Maritain y los maritenianos. Mounier, sin embargo, en el sentido en que estos días vengo hablando del *milagro* en Rosenzweig, ha sido para mí una fulguración providencial que Dios ha enviado.

Precisamente esta fascinación que causó en ti, este impacto tan grande de Mounier, ¿cómo lo ves ahora? ¿Hay una evolución con respecto a la deuda con Mounier, hay aspectos que has transformado? He leído en algunos de tus textos que hablas de Mounier como de tu abuelo. ¿Cómo ves ahora tu postura con respecto a 1969, cuando publicaste tu primer libro sobre él?

De mi primer libro, escrito a los 25 años, no cambiaría ni una coma. Lo que pasa es que luego he seguido estudiando. La revista *Esprit* también fue evolucionando: Lévinas publicó un solo artículo en la revista *Esprit* de Mounier, porque entonces Levinas apenas había emergido, pero los temas básicos de Ricœur, de Levinas y de tantos otros más jóvenes estaban potencialmente en *Esprit*. Con Mounier trabajaban juntos judíos, protestantes, católicos, agnósticos, etc. No era una revista católica, aunque en ella la mayoría eran católicos, ya que no excluía a nadie. Quizá *Esprit*, y el mismo Mounier, eran chauvinistas.

Pero no nacionalistas, ¿o sí?

No, pero sí muy francesistas, muy galicistas. Tú sabes mucho mejor que yo lo que era en esa época ser francés. Y ni siquiera Mounier lo pudo evitar. Por ejemplo, cuando escribe *Le réveille de l'Afrique noir* (*El despertar del África negra*) —que es un libro maravilloso— habla de los africanos como si fueran gente de tercera categoría...

Además de Emmanuel Mounier, hay otros filósofos que han influido mucho en tu pensamiento. Me refiero, en particular, a la tradición judía, que comentabas hace un rato. Has trabajado y difundido igualmente el pensamiento de grandes pensadores judíos contemporáneos como Hermann Cohen, Franz Rosenzweig, Martin Buber, Emmanuel Levinas. ¿Qué encuentras de particular en estos pensadores, que han sido a la vez teólogos, filósofos y grandes humanistas, para la elaboración de tu pensamiento?

Lo que estos hombres me han enseñado a mí es que fueron grandes creyentes, ¡fueron grandes creyentes de verdad! Y esta es la nota esencial que a mí me vincula a cualquier pensamiento: que si la vida de un pensador

no es coherente con su filosofía discursiva, no me interesa. También así fui yo al anarquismo, a través de los anarquistas, de la gente que estaba en la cárcel, de la gente sencilla que padeció persecución por la justicia. Después, me han enseñado esos hombres a desconfiar del concepto de razón cartesiana fría y reeducado en la razón cálida hebrea, y ello de tal modo que los judíos no solamente no me han apartado del cristianismo, sino que me han llevado muchísimo más profundamente a conocerlo. Me han servido, por último, para abandonar el triste concepto de razón europeo que culmina en Descartes y en Wittgenstein, primero, y me han ayudado muchísimo a encontrar mis propios sentimientos. Yo era una persona muy cartesiana en una familia que no apapachaba. Esa razón cálida que experimenté más intensamente en México hace 20 años. Yo le debo a México, mi pre-descubrimiento de la razón judía, de la razón cálida.

A propósito de los pensadores judíos, hace un rato que hablabas sobre el compromiso con los obreros me venía a la mente Simone Weil. ¿Has trabajado algo de ella?

No me termina de gustar Simone Weil porque es una mujer en exceso intuitiva, da bandazos, acude a exageraciones, no elabora reflexivamente. Simone Weil es un exabrupto permanente para mí.

Uno de tus últimos libros que, me parece, recapitula los alcances de tu pensamiento hasta ahora es el publicado en España en 2010 con el título *Razón cálida. La relación como lógica de los sentimientos*. ¿Nos podrías hablar un poco de este libro y por qué razón cálida y cuál es la crítica que haces a la razón fría?

Algunos me tachan de asistemático. Sin embargo, yo encuentro un hilo conductor en mi obra. Lo que pasa es que es tan rico —me permito decirlo—, tan lleno de autores leídos, tan abundante, que la gente se desperdiga en mi obra. Pero, en cualquier caso, ya algo hartado del sambenito de sistemático que se me había colgado, dije: voy a agavillar básicamente algunas cosas que pueden servir inicialmente de explicitación, de la coherencia de mi planteamiento, y así surgió *Razón cálida*.

Razón cálida no está terminado. Pero creo que mi mejor libro, es decir, el menos malo (luego resulta que cuando sale ya no te parece tan bueno) acaba de salir con el título *Del hay al don. ¡Ay si no doy! (La urgencia de la gratuidad)*. Lo publicó San Esteban, en Salamanca. Yo publico en editoriales muy pequeñas porque mi pensamiento nunca ha interesado a las grandes editoriales. Este es el motivo por el cual resulta más difícil leerme.

Eso y, tal vez, también la dificultad de que tu pensamiento, al igual que la de los pensamientos radicales, sobre todo Jesucristo —y hablabas de Mounier—, va de cierta manera contra corriente a lo que la sociedad desea.

III. Iglesia y cristianismo

Muchas gracias. Ahora, el tercer tema tiene que ver con la Iglesia y el cristianismo. Tú eres un gran enamorado de Jesucristo —nos lo has dicho—, y conocedor de otras religiones. Basta señalar algunas de las obras que has dedicado a la historia de religiones, incluso en varios volúmenes. ¿Qué ves de particular en la persona de Jesús y del cristianismo y cuál es la diferencia con respecto a otras religiones?

La diferencia básica es *ho kirios emu, kai theos emu*, ese momento en que Tomás, metiendo la mano en la llaga del costado de Cristo abierto a partir de su muerte previa a la pascua de la resurrección, cae de rodillas y dice: “¡Señor mío y Dios mío!”. Aquí se acaba la necesidad de pruebas y principia un sentirse incapaz de ser uno mismo sin serlo cristificadamente, o sea, sin serlo en el cuerpo y la sangre de Jesús. Para mí, es el modelo de hombre y también el modelo de Dios. Los dioses olímpicos a la larga o se tornan paraolímpicos defectivos o titánicos ultradominantes. O, como en el caso del judaísmo, por no aceptar la encarnación de Yahvé, se disuelven en una opción ética sin la mediación de ese tú que es ¡el Señor!, Jesucristo, el alfa y el omega, el anhelo de vivir en él, con él y por él, el sentido de mis días, la esperanza de mis noches, el sostenedor de mis desfondamientos.

Ahora, con respecto a la fe y a la Iglesia, ¿qué cosa es para ti la fe? Yo la entiendo, tal vez, como un compromiso personal que nos individualiza. Pienso a la manera de Kierkegaard o de Hermann Cohen. ¿Y cómo ves la relación entre la fe y la institución, la iglesia, la dimensión social?

No soy sin iglesia. Soy un hombre profundamente eclesial. Lo que pasa es que esta iglesia no es eclesial ella misma, y ese es mi problema. Es la usurpación de lo eclesial en lo eclesiástico y cada vez más y cada vez peor, de tal manera que sólo el Espíritu Santo puede cambiar esto, no un papa que sea mejor que otro, no.

Tal vez tenemos que pasar por una muerte eclesial para que resucite Cristo de otra manera.

Yo creo que sí.

Si pudieras cambiar algunas cosas de la iglesia católica tal como están ahora y que no te gustan, ¿qué cambiarías para que la iglesia fuera más evangélica?

Sólo una cosa: estar enamorada de Jesús y seguir su vida; sólo eso. Sin la impronta de Jesús en la Iglesia, la Iglesia no merecería la pena. Porque hay otras instituciones de caridad y hay otras instituciones docentes que en algunos casos son mejores, pues hay gente muy buena en todas partes.

¿No ves una posibilidad de cambio ahora con la elección del papa Francisco?

Lo importante en la Iglesia no son los papas. Es Cristo muerto y resucitado.

Varios teólogos comprometidos han mostrado un cierto optimismo de que las cosas cambien. Pienso en teólogos de la liberación como Gustavo Gutiérrez o Leonardo Boff. ¿Crees que haya una posibilidad de cambios ahora con la elección del papa Francisco?

A algunos de esos teólogos comprometidos no los respeto gran cosa como teólogos, pues son católicos para la galería, gente que se baja de un avión y ya tiene los micrófonos y los periódicos de izquierda —o que se dicen de izquierda, pues en realidad son de izquierda burguesa)—; atacan a la iglesia pero no al capitalismo: ese cuento es muy amargo para mí. Yo no soy un hombre tan convencional. No divido entre los católicos buenos y la teología de la liberación. Teología de la liberación es lo que tú y yo hacemos cuando apuramos nuestra condición de bautizados.

El riesgo es que tal vez se haga alguna idolatría de alguien y se descuide a Jesucristo que es el Maestro.

Exactamente. Creo conocer la iglesia como pocos; por dentro; la de derecha y la de izquierda, la de arriba y la de abajo, y a veces me parecen, más que ejercitaciones de la memoria histórica, panteones de resentimiento, con sus “mártires” y con sus héroes unidimensionales.

¿Y Ellacuría, Romero...?

A ellos sí; sobre Óscar Romero incluso me atreví a escribir una biografía; a ellos sí, a los mártires sí; otra cosa son los de la retaguardia, preocupados sobre todo por su propio celibato.

¿Debería de ser opcional?

Sí, pero esa debería ser una cuestión secundaria tanto para la Iglesia como para cada creyente. La Iglesia hace el ridículo ante Dios y ante la historia con la obligatoriedad del celibatario; pero también los hipócritas que hacen como si lo fueran sin serlo. Yo, eso no lo puedo entender. Entiendo a un hombre pecador, pero no a un hipócrita.

En tus cursos y en tus libros hablas mucho de los pobres como opción prioritaria en nuestra vida. ¿Encuentras alguna semejanza entre tu pensamiento y los planteamientos de la teología de la liberación latinoamericana? Y tú mismo a nivel de compromiso, además de hablar, de orientarnos hacia los pobres, ¿haces algo por ellos? En una ocasión comentaste ibas a visitar el valle de Chalco siendo profesor universitario. ¿Ahora mismo tienes algún compromiso con los pobres?

Tengo que decir que mi vida ha ido aburguesándose, en el mal sentido del término, por desgracia.

Esto me recuerda a Gustavo Gutiérrez, cuando le preguntaban sobre los pobres y que si él era pobre, él mismo decía: "No puedo ser pobre, la gente sabe quién soy yo, ya eso me distingue".

¡Eso es!

Gustavo Gutiérrez decía: "Pobre es el que tiene que aguantar que llegue el camión bajo la lluvia porque no puede tomar un taxi, pobre es aquel que no puede llevar a su hijo al hospital y que tiene que curarlo con hierbas o con remedios caseros". Entonces, ¿tú cómo entiendes esta opción por los pobres?

Acepto plenamente lo que acabas de decir, pues yo no soy pobre. Pero sí me duelen. Si yo estuviera viviendo en una casa de casa de cartón, primero no sé si lo resistiría. Tú conoces muy bien a los niños de la calle, has vivido con ellos quizá tú seas mucho más fuerte que yo, pero yo eso no lo soporto, en primer lugar. En segundo lugar, dado que no tengo el contacto directo con ello, sólo me imagino el dolor de los pobres. Y es a través de

esa *prolepsis*, de esa anticipación, de esa relación, del dolor de los pobres como me duelen a mí. No puedo decir más.

IV. Justicia y sociedad

Hace pocos meses has sido invitado por la Suprema Corte de Justicia de la Nación, en México, para formar parte del grupo de investigadores honorarios. Hay un libro tuyo publicado por la Suprema Corte, que se llama *Ética para los jueces*, me parece. ¿Nos podrías hablar brevemente de este libro y ¿qué es lo que recomiendas a los encargados de impartir la justicia en México?

Bueno, no solamente he hecho ese libro, sino que he hecho otro, que se llama, *Lo que queremos del Estado y lo que el Estado quiere de nosotros*. Este segundo libro me prometieron que iba a ser publicado junto con el primero; ya veo que las cosas de palacio van despacio. En cualquier caso, ¿qué pretendo yo con este libro? Redimensionar la figura del juez a través de la recuperación de su condición de justo, resaltando que con la estructura social y de poder que los jueces tienen como elite, muy gremial, desconocedora del pueblo real, a la que no interesa para nada el más que vergonzoso salario mínimo existente. ¿Cómo puede juzgar un juez que no cuestiona la injusticia de los salarios mínimos de México, sin preocuparse por poner un tope máximo a la realidad que lleva a señores mexicanos a ser los más ricos del mundo? ¿Qué validez ética podría concederse a su dictamen pericial? Eso por un lado; por otra parte, ¿qué validez penal podría a concederse a su dictamen jurídico por el cual se encarcela a la gente que ha robado menos que otros que están llenos de honores habiendo robado mucho? ¿Qué validez ética puede merecer el penal sistema actual cimentado sobre la injusticia que sirve de modelo a los jueces para impartir lo que ellos llaman justicia?

Por ejemplo, ¿qué pasa con las cárceles? Los jueces se lavan las manos ante las cárceles, así como se lavan las manos ante los pobres —salario mínimo—, tras el constructo puramente argumentativo de su racionalidad jurídica perversa. Finalmente, también se han desentendido de las consecuencias de sus dictámenes jurídicos sobre aquellas personas por ellos encarceladas. ¿Qué función rehabilitadora podría tener la justicia en estos casos, tras olvidarse de la penología, ciencia de los delitos y las penas, como decía Cesare Beccaria, en orden a la rehabilitación de la persona?

Una justicia así impartida sobre esta injusticia no solamente es mala e intrínsecamente perversa, sino que además su aplicación es intrínsecamente destructiva para aquel que tiene la desgracia de ir a la cárcel, aunque se lo merezca. Por tanto, los jueces —y es lo que en el fondo planteo en el libro— evacuan una justicia triplemente esquizoide: de un lado aceptan el salario mínimo, miran para otro lado; segundo: construcción un bloque técnico jurídico, hasta ser cada vez más juspositivista, positivismo jurídico, donde los jueces son felices inventando tecnicismos y formalismos que no que ni siquiera arañan la realidad de lo juzgado; y tercero, se desentienden de la dimensión de la justicia conmutativa de la penología. Frente a tal multiesquizofrenia no hay más que un remedio: ver cuáles son las virtudes del juez o deberían ser.

¿Y cuáles serían las principales?

Pues, la primera, claro: la dimensión de justicia. Recordarás que Aristóteles defendía que “las virtudes se resumen en la virtud de la justicia”, si bien es verdad que la justicia a su vez no podría entenderse sin otras virtudes, por esa *symploké*, por ese bloque donde todas las virtudes se concentra. Luego viene la prudencia, que nada tiene que ver con el ocultamiento, el cual se produce cuando la prudencia convierte lo evidente en no evidente y lo no evidente en evidente. Ahora mismo, en México, se legisla muchísimo sobre la confidencialidad del juez, e incluso sobre si cabe aceptar las opiniones del pueblo como creación de derecho, el problema de la publicidad y de Internet, sobre todo lo cual jamás se había hecho desde las *Pandectas*. Pero, desde el actual hermetismo judicial e incomunicación de la judicatura, me temo que estén tratando de hacer creer al pueblo que las instituciones van a ser más transparentes, menos opacas, más abiertas, sin que vaya a ser así. Pues, de serlo, más de un juez tendría que dar con sus huesos en la mazmorra. Pero aquí los únicos que no van casi nunca a la cárcel son los que meten a los demás a la cárcel. Este es un privilegio irrisorio pero dramático al propio tiempo; por el contrario, la transparencia debería significar la no cohabitación con el mal, el decir: “yo he dictado un dictamen falso”, “yo he estado coludido con una sociedad falsa”.

Toda tu propuesta filosófica del personalismo comunitario tiene que ver con lo justo, en el sentido de que, para poder ser yo, primero tengo que preocuparme por el otro, por el tú y sobre todo por el más necesitado. ¿Qué entiendes por justicia?

Por justicia entiendo algo diferente de la figura de “lo justo”. La justicia es una burocratización y una depauperación de la figura *del* justo. Justo es aquel —no sé si lo dice Jankélévitch, no me acuerdo ahora mismo—, cuyo corazón pertenece a toda la humanidad. Y no a sí mismo. *Justo* es aquel que está dispuesto a asumir en su cuerpo todos los dolores, incluso el dolor de muerte y, por tanto, justo es aquel cuyo comportamiento solo puede ser pos-convencional. Ese es el justo. Pero “la” justicia sin el justo es un asco.

Yo diría que la justicia es un asco. No sé si estoy vacunado por haber estudiado algo de derecho pero es uno de los brazos de la superestructura con que se oprime a la infraestructura de los pueblos: la economía, la política y la justicia y a veces hasta las iglesias. De manera que ahí hay un contubernio repulsivo, en donde la justicia deviene una masacre, un contubernio o alianza de los opresores con la economía de los ricos y con el ejército como su brazo represor, por eso necesitan hacer un derecho cada vez más tecno-jurídico, con lenguaje que nadie entiende ya y en el que se amparan.

Es la razón fría.

Fría, pero, sobre todo, más torticera, es *List der Vernunft*, “astucia de la razón” (Hegel), adecuación al desorden establecido, justicia que cuela mosquito y traga camello, que permite todo tipo de disimetrías, de diferencias y de abusos.

¿La justicia se ha prostituido?

Siempre ha sido así. Históricamente, siempre ha sido así. El de la “justicia” como abstracción, ahí donde tiene lugar, es uno de los ámbitos donde resulta más difícil vivir el personalismo comunitario. Si lo invitan a uno, rápidamente lo des-invitan.

¿Y no ves tú una posibilidad de cambio? Vivimos en una sociedad llamada por algunos “posmoderna” en la que, según el filósofo francés François Lyotard, ya no podemos hablar de *meta-relatos*, es decir de grandes construcciones o de proyectos históricos como el socialismo, una sociedad sin clases. ¿Estás tú de acuerdo con esta postura? ¿Hay alguna alternativa contra el neoliberalismo creciente e inhumano que parece ganar terreno en el mundo dejando, al margen a millones y millones de pobres que forman la mayoría de la población?

Podría parecer catastrofista por lo que voy a decir. No lo soy, y la prueba es que sigo luchando con toda mi fuerza y mi debilidad cada día. Antes, al contrario, catastrofista es el que dice que todo va mejor y, sin embargo, no hace nada contra lo peor, por lo cual los falsamente denominados optimistas son los intelectuales áulicos y palatinos al costado del poder que no sirven para nada sino para ser bufones enriquecidos. El mundo camina hacia peor, hacia un hombre cada vez más débil que ha querido sustituir a Dios. Entonces, y como decía Mounier, “*il faut refaire la Renaissance*”, hay que rehacer aquel renacimiento bifocal, kepleriano, en el cual hombre y Dios recorran órbitas elípticas. ¿Que no quiere usted Dios? Pues, adelante, haga una división de sí mismo, una mitosis, carioquinesis, bipartición o lo que usted quiera, y dedíquese sólo a sí mismo. No quiere usted que Dios sea el otro, pues que el otro sea Dios. Pero yo he elegido la comunión y no la exclusión, una razón llena de “cor-razón” que ya no sea puramente la razón de los salones de Versalles sino que sea una razón cálida, social, igualitaria, “fide-digna”.

Más que desde arriba, desde el intelecto, desde las academias, tal vez sea desde el pueblo, la gente, que otras alternativas sean poaibles, una sociedad diferente. Esro tendrá que venir más bien desde abajo.

Eso, eso es. Pero no lo hará con intelectuales palatinos que reciben doctorados *honoris causa* por ser vulgares. Mi percepción es la de que hay que rezar mucho.

¡La importancia de la oración!

Y, con ella, de encarnarse lo más que se pueda en la realidad y a partir de allí. ¡Qué difícil es para mí empobrecerse con los pobres para ser enriquecido por ellos, sin sacralizar ni canonizar tampoco las propias pobreza. ¡Ese es, desde luego, el intento!

México es un país que visitas constantemente, desde hace muchos años. ¿Notas en México algún progreso o retroceso desde el punto de vista social, político, económico o religioso? ¿Qué impresión tienes como intelectual extranjero del país donde vive el hombre más rico del mundo y donde los escándalos de violencia y corrupción están a la orden del día?

Relata refero... Yo digo lo que dice la UNESCO: el 64% de los mexicanos son pobres de solemnidad, punto número uno. ¿Qué impresión me puede

causar en ese terreno un país tan rico y, sin embargo, tan hundido y tan injustamente estructurado?

Segundo: veo un cierto progreso material en México. En efecto, hace veintitantos años casi no había carreteras, y yo me alegro de que ahora las haya. Y algunas muy buenas. Pongo esto como ejemplo.

Tercero. Va creciendo conforme al modelo yanqui. Aquí, el parecerse lo máximo a los yanquis es la máxima aspiración de la burguesía criolla mexicana que ha sucedido o que ha venido ulteriormente respecto de los conquistadores españoles. Hoy, titularse en inglés, aprender el *marketing* inglés, que ahora es el *coaching* parece lo máximo. ¡Dios mío!, todas esas basuras que no tienen 2 milímetros de frente y menos aún una gota de amor en su corazón sin corazón, es lo que se propicia como modelo antropológico para México.

Y, por último, intelectualmente no la he visto crecer como sí en el terreno de lo infraestructural. El índice de renta *per capita*, el crecimiento sostenido de estos años, la democracia que a pesar de todos los pesares es mejor que la existente en los países del entorno, todo esto sin embargo no lo he visto reflejado en el estudio, en la crítica constructiva, etc.

En general, y especialmente en los ámbitos académicos y escolares, resulta hoy tan horrible como el de hace dos décadas. Puedo afirmarlo sin ninguna hipérbole. Naturalmente, empezando por las vacas sagradas de la universidad, aquí existe, por parte de los maestros, un enorme analfabetismo funcional, una repetición de los autores y de los temas machaconamente, sin un *yo* que las piense, sin un *yo* que las afronte, sin un *yo* que las viva, sin un *yo* que las propicie, por todo lo cual ha desaparecido la figura del auténtico *magister*. No hay maestros en un país donde todos son denominados maestros.

Y luego, claro está, la ignorancia. ¿Qué podría decirse de un sindicato de maestros como el mexicano, que es con mucho el más grande y poderoso, así como el más corrupto de Latinoamérica, en México, regido hasta ayer por Elba Esther Gordillo, que en gloria esté? (Ah, no; ya volvió). ¿Y qué de toda esa burocracia elefantiásica, dinosaurica, que roba de una forma ilimitada mientras se cubre con la palabra *patriotismo* y con la bandera tricolor?

¡Ningún país del mundo ha de tener tanta riqueza como México, a juzgar de la cantidad de saqueo con que los “patriotas” saquean las arcas de la República! ¿Cómo pretender la evolución perfecta de un país como México, a tenor de la miseria de su magisterio, sin que esto impida ver la presencia de abundantes maestros que honran la profesión? Por lo mismo, ¿cómo definir a México como un país guadalupano, que es el otro gran

orgullo aquí (hasta el extremo de la existencia de un ateísmo guadalupano), y que al mismo tiempo está convencido de que “quien no tranza, no avanza”?

¿Crees que está burguesía alcance a la Iglesia y que algunos grupos eclesiásticos y la jerarquía de la Iglesia mexicana estén aburguesados, de cierta manera distantes del pueblo, de sus necesidades...?

Sí, muy distantes. La jerarquía está totalmente distante. Sin una fe capaz de hacer cultura. Y sin una cultura capaz de traducir su fe. Es algo mortificante para quien ve cómo cada día se introducen falsas formas de religiosidad en una masa religiosamente envilecida de la que se abusa de mil maneras.

Aunque yo pienso que se trata más bien de “purificar la fe”. Hablabas tú de la importancia de la fe, de la creencia, de la importancia de Jesucristo; con respecto a la Virgen de Guadalupe, hablábamos hace un rato antes de empezar la entrevista, se preavisa más bien purificar la fe, y hacerla crítica para que no sea sólo una devoción. Querer a la Virgen de Guadalupe es, de cierta manera, comprometerse con el pueblo mexicano, la opción que ella hace por el indio, por el *macehual*, por Juan Diego, entonces más bien debería ser objeto de reflexión y de compromiso, y no una mera devoción aislada. Tal vez lo que dices vaya en este sentido.

Totalmente de acuerdo.

Por último, quisiera que nos hablaras un poco sobre la libertad. Te conozco de hace tiempo y sé de tu fuerza crítica, de tu capacidad argumentativa; pero personalmente me ha impresionado mucho la libertad, tu libertad. Me parece que tratas de ser un hombre libre que no busca quedar bien con nada ni con nadie. La prueba es esta misma entrevista, las conferencias que has dado, causas polémica, gustas a algunos, disgustas. Para ti, ¿qué es la libertad, una libertad de la que se habla tanto en nuestros días pero creo que pocos realmente la poseen?

Pues muchas gracias por esta entrevista, una de las mejores que me han hecho, pero yo creo que la libertad es energía para el encuentro. La libertad conlleva el no tener miedo a quedarte solo, que es un miedo cerval en la gente; Konrad Lorenz aseguraba con toda razón que el gregarismo es la potencia destructiva más grande y más fuerte en el ser humano, pues acaba con la libertad, le coarta a uno, le humilla, le somete y en el fondo destroza su dignidad. Por eso, si falta la liberación falta la libertad. Ahora

bien, la liberación no admite no admite grados, no se tiene al 99%. Si te falta el 1%, tú no eres libre. Yo siempre recuerdo con enorme cariño aquella frase de Mijail Bakunin: “Sólo soy libre si todos los hombres y mujeres que me rodean son libres porque la ajena esclavitud determina la propia”.

¿Eres tú un hombre libre?

Pese a mi fuerza destructiva, centrípeta, egocéntrica, aspectos en los que, para mi desgracia, aún no lo soy; pero, en lo demás, me importa nada estar acá o allá.